

¡Que se halle entre los hombres
 Quien se exponga, insensato,
 Por un vicio tan feo,
 A un general escarnio!
 Callad, responde él mismo;
 Que cuando el padre Baco
 En mis entrañas bulle
 Y me acalora el casco,
 No sé qué son tristezas
 Ni á qué llaman cuidados,
 Ni se me da que todos
 Se rían de mi estado.
 En calma está mi pecho,
 Mil dulzuras gozando,
 Ignoradas de aquellos
 Aun más afortunados;
 Y así al punto apuremos
 El vino: ea, bebamos,
 Y de lo que otros digan
 No se nos dé un ochavo,
 Y en su dulce bebida
 Ambos ojos fijando,
 Hasta la última gota
 Deja el vaso apurado.

Á UNOS CELOS.

Extiende con firmeza,
 Oh Júpiter, el brazo,
 Despidiendo al momento
 Tu penetrante rayo.
 Cielos, dejad que venga;
 Nubes, abrid el paso;
 Aires, impulso dadle,
 Y fuegos, inflamadlo,
 Para que me divida
 El pecho desdichado,
 Y consuma allá dentro
 Unos celos amargos
 Que no puedo extinguirlos....
 Vamos, Júpiter, vamos;
 Pero tente, que puedes
 Destruir el retrato
 De aquella que los causa,
 Que allí también lo guardo;
 Y entonces, por vengarme,
 Me hicieras mayor daño.

Á DRUSILA.

¡Por qué cuentas tus años,
 Drusila, tantas veces?
 Los futuros no existen,
 Los pasados no vuelven,
 Si volaron las gracias
 De la edad inocente,
 Aun brilla tu cabello
 Sobre las tersas sienes.
 Es otra tu hermosura;
 Porque en ella se advierte
 Actividad que atrae,
 Dulzura que detiene.
 No eres niña que ignora
 Si es bueno lo que quiere,
 Ni tampoco apagado
 El fuego de amor tienes.
 Tus años son los propios
 Para gozar placeres,
 Pues no llegan á treinta
 Y pasan de los veinte;
 En esta edad el pecho
 Con más ardor se enciende;
 Se sabe qué es cariño,
 Porque mejor se siente;
 La Cíprida á manos llenas
 Sobre nosotros vierte
 Los gustos más continuos,
 Más llenos de deleites.
 Y así, deja á los años,
 Que se van y se vienen;

Porque sólo se goza
 El instante presente.

Á CUPIDO.

Quita, que me has herido,
 ¡Mal hayan tales juegos,
 Cupido! ¡Que tus chanzas
 Siempre paren en esto!
 ¡Quieres desenojarme?
 Pues haz que me dé un beso
 Amira; que á tal daño
 No encuentro otro remedio.

DE UNA MUCHACHA.

Al lado de una fuente,
 De envidia, mi pastora
 Deshace entre las palmas
 Las flores más hermosas;
 Que se mire en las aguas,
 Y allí verá la tonta
 Que ellas son las que deben
 Estar de ella envidiosas.

DEL AMOR.

Las ninfas, por vengarse
 Del muchacho de Vénus,
 Cuando incauto dormía,
 Ansiosas le prendieron;
 Cuál ata con guirnaldas
 Su delicado cuerpo,
 Cuál á un tronco le amarra,
 Cuál le echa un lazo al cuello,
 Cuál hace mil pedazos
 Sus arpones tremendos,
 Y cuál le arroja flores,
 Diciéndole de vuestras,
 Mas él se burla y ríe,
 Y con dulce gracejo
 Exclama: «Bobas, bobas,
 ¡Qué pretendéis con esto!
 Yo soy sólo la imagen
 Que retrata el espejo;
 El amor, que la causa,
 Existe en vuestros pechos;
 Nace cuando vosotras,
 Se aumenta al mismo tiempo,
 Y sólo con los años
 Viene su fuerza á ménos.
 Y así, en tanto que bulle
 La juventud, es necio
 Quien sujetar pretende
 El amoroso fuego.

SILVAS.

Á CUPIDO,

Apaga el hacha ardiente,
 Muchacho veleidoso;
 Rompe al instante el arco poderoso
 Y las flechas agudas, con que herías
 A todos fieramente,
 Y con las que abatías
 Al que de tu potencia se burlaba.
 ¡Esa venda, esas alas, esa aljaba,
 Qué bien que te caían! ¡Tu hermosura
 Con ellas qué realce no tomaba
 En los dichosos días
 Que era dulce tu ardor, tu risa pura,
 Snaves tus cadenas!
 Mas ahora todo es llanto, todo penas.
 Silvia, que con semblante

Hermoso y halagüeño
 Mantiene un corazón como el diamante,
 Sedujo el mío con amante empeño;
 Pero de tal manera,
 Que no era el mismo que otros tiempos era;
 Pues fué tal su atractivo,
 Que me vi, más que amante, su cautivo.
 A Silvia hallaba yo por donde quiera:
 En la mesa, en la calle, en el paseo;
 Como si allí estuviera,
 Solía presentármela el deseo;
 Cuando al lecho llegaba,
 La imagen de mi Silvia me asaltaba;
 Al sueño al fin cedía,
 Y á Silvia en él veía;
 Y al despertar, con Silvia me encontraba;
 Silvia era todo cuanto
 A percibir llegaban mis sentidos;
 Y esta Silvia, olvidada de mi llanto,
 De mis tiernos gemidos,
 Cual viento se ha mudado,
 Y de mi amor ardiente se ha cansado.
 Las olorosas flores, que tejieron
 Los dedos de tu madre, rotas fueron;
 Ajadas y esparcidas
 Las he visto por esas mismas manos
 Hermosas y atrevidas,
 Que, para destrucción de los humanos,
 Fueron dulce depósito del fuego
 Que ablanda mucho más que el mayor ruego.
 De cuanto tú dejaste, nada existe:
 Silvia lo destruyó; no más tu imperio.
 ¡Feliz el que resiste
 Tan duro cautiverio,
 Y huyendo de tu trato fraudulento,
 La amable libertad goza contento!

Á UN CLAVEL.

Encendido clavel, clavel hermoso,
 Más que todas las flores oloroso,
 Pues tus hojas con pompa desplegando,
 Llenas el aura de un olor tan blando
 Y tan puro, que al hombre le mitigas
 En parte sus pesares y fatigas;
 Tú, que honras el verano, con él vienes,
 Que anuncias con tu vista tantos bienes,
 Adornas los jardines y las salas,
 Retozas en el pelo y en las galas
 De las graciosas ninfas, y al fin eres
 Testigo fiel de todos sus placeres;
 ¡Qué tienes! ¡qué te pasa! ¡qué te aflige!
 Ya lo veo: bien claro se colige.
 Tú vienes á mi mano con despecho,
 Porque antes, colocado en aquel pecho,
 Donde Vénus anida su hermosura,
 En medio de su fuego y su blancura
 Gozabas de un deleite no explicado,
 Y eras de los amantes envidiado,
 Y sientes que te arrojen de su seno
 Cuando de él disfrutabas más sereno.
 Si es esto, no desmayes, vén conmigo
 Porque la misma suerte que tú sigo;
 Que también ese pecho poseía,
 Y por feliz me tuve en algún día;
 Y ahora, de mi trono repellido,
 Me angustia el pensar sólo lo que he sido.
 Vén, y en mi corazón, clavel, reposa;
 Séame tu fragancia deliciosa;
 Y pues el mismo sinsabor tenemos,
 Mutuamente los dos nos consolemos.

Á LELIO.

Como, Lelio, te encuentras adulado
 De Fortuna, que siempre está á tu lado,
 Por quien tus trojes ves de mieses llenas,
 Y un crecido ganado,
 Que ocupa las campiñas más amenas
 O hace desaparecer las altas sierras,

Por lo que en tus arcones
 Continuamente encierras;
 Talegos á millones;
 Ahora, confiado en tu ventura,
 Piensas que has de rendir esa hermosura,
 Que, de mi ardiente llama penetrada,
 El oro, el mando, todo estima en nada.
 ¡Cuánto te engañas! El metal precioso,
 De que está un servil pecho codicioso,
 No puede corromper el amor puro;
 Con éste más seguro
 Estuviera el honor de la doncella
 Dánae que con el muro
 De robusto metal; una centella
 De este fuego no más fuera bastante
 A resistir constante
 Al mismo Jove, en oro convertido.
 ¡Y habías tú creído
 Que al punto destrozara
 Mi imagen, de su pecho me arrojara,
 Y tú en el trono, que antes poseía,
 Habías de gozar de la que es mía?
 ¡Qué error, Lelio! ¡No ves que los altares
 De Vénus y del hijo soberano
 Incienso por mi mano
 Con sabéos aromas singulares,
 Y cada día ofrezco dos pichones
 De sexo diferente,
 Más blancos que la nieve, retozones,
 Que ya sienten de amor la sed ardiente,
 Que admiten mis ofrendas con cariño,
 Y que el potente niño
 Con sus flechas rechaza los amantes,
 Mientras ella con voces insinuantes
 A mi Silvia mantiene en la firmeza,
 Pagando de este modo con largueza
 Mis tiernas oblacones?
 Huye, Lelio, y conserva tus doblones
 Para una mujer torpe y corrompida;
 Que donde la virtud tiene su asiento,
 Y en donde con tan firme fundamento
 El dulce amor se anida,
 No puede tu metal tener cabida.

LA VENIDA DE LA PRIMAVERA.

Á NERINA.

El invierno enojoso,
 De nubes rodeado,
 Marchóse presuroso
 A ejercer su rigor al Norte helado;
 En tanto se presenta
 La dulce precursora del verano,
 Derramando mil flores
 Con generosa mano,
 Que embalsaman el aire con olores.
 Los céfiros suaves,
 Libres y exentos de las nieblas graves,
 En torno la rodean,
 Halagan y recrean
 Los pechos aquejados;
 Los arroyos, que atados
 Con prisiones de hielo
 No podían regar el verde suelo,
 Ahora sueltos, del monte
 Con risa bulliciosa se despeñan;
 Corren serpenteando
 Por el ameno valle y van regando
 Las plantas á porfía;
 Renace la alegría
 Del rústico, que en la era
 Espesas haces hacinar espera;
 Los troncos corpulentos,
 Que resistieron con vigor constante
 A los bravosos vientos,
 Con risueño semblante
 Al cielo elevan sus crecidas ramas,
 Cubriéndolas con hojas al instante;
 Los pájaros canoros
 Forman diversos coros,
 Canciones entonando,

Ora en los verdes ramos escondidos,
Ora al aire esparcidos,
Acá y allá con gracia revolando;
El sol se muestra claro y luminoso,
Ni ofende con sus rayos,
Cual suele en el estío,
Ni escasea sus luces perezoso,
Como cuando á la tierra oprime el frío.
¡Oh dulce primavera!
¡Oh juventud del año! persevera
Entre nosotros siempre;
Deten el veloz paso;
Mas ¡ay! que extiendes las purpúreas alas,
Sin querer hacer caso
De mi amoroso ruego,
Y de mis ojos ¡ay! te alejas luego.
¡Temes que te marchite la hermosura
El seco estío con su ardiente fuego?
¡Temes perder, al verle, tu frescura?
¡Que se sequen tus labios olorosos?
Pues véte; que no quiero
Que sientas los ardores rigurosos
Del tiempo venidero;
Huye, si, huye: tus pasos acelera;
Que un amargo dolor me causa el verte,
Porque eres verdadera
Imágen de mi suerte;
Pues cuando contemplaba
A mi dulce Nerina
Más amorosa y fina,
Y que el tierno Cupido se esmeraba
En derramar sus gustos indecibles
Sobre dos corazones tan sensibles,
Se ausentó de mi vista, y he quedado
Cual suele el caminante en noche oscura,
Al verse destumbrado
De un relámpago activo no esperado,
Que, lleno de amargura,
Con ansia espera que se acerque el día;
Así mi amante pecho,
En lágrimas deshecho,
De continuo á los ojos las envía,
Hasta que los aclare la luz mía.

CANCIONES.

LÍDIS SOBRE TODAS LAS SATISFACCIONES.

Agitado mi triste pensamiento,
Revuelvo mil ideas lisonjeras
Para buscar en ellas alegría:
Ya me figuro plácidas praderas,
Donde inmensos rebaños apaciento,
Que triscan y retozan á porfía;
La leche, finas lanas y la cria
Me dan lo suficiente
Para vivir decente,
Pues lejos de los vanos resplandores
Y aparentes honores,
Desfruto de una vida sosegada,
Sin envidia de nada;
Esto mismo me oprime, me atormenta,
Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
Ya pienso en un arroyo, dividido
En dos brazos que corren diferentes,
Cercado de menuda y fresca arena:
El uno lleva alegre sus corrientes
Por un prado de flores revestido,
Y con su orilla, de frutales llena,
Hace su vista mucho más amena;
El otro de una roca,
Que casi al cielo toca,
Se despeña ruidoso, y acompaña
Con armonía extraña
Al coro de las aves. Tal contento
Al alma da contento;
Mas si lo escucho, mi pesar se aumenta,

Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
A veces imagino que, corriendo
En un caballo bético fogoso
Tras la cuitada liebre por un prado,
La afijo con mis perros y la acoso;
Que, las riendas al bruto revolviendo,
No dejo mata, cerca, ni vallado
Que no salte en pos de ella acelerado;
Que se agacha, y ligera
Aviva la carrera;
Que, saltando mis galgos, al momento
La dejan sin aliento;
Que gasto en ejercicio tan honesto,
Del día todo el resto;
Ningun gusto á mi pecho se presenta,
Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
Las músicas, las cenas, los saraos
Procuran asaltar mi fantasía,
Donde encuentro placeres á millares;
Ya disfruto una grata melodía;
El alma, opressa en tenebroso cáos,
Al esenchar sus tonos singulares
Arroja de su seno los pesares,
Se absorbe y enajena;
Ya gozo de una cena,
En donde el vino de Jerez añejo
Nos quita el sobrecejo,
Y son luego con danzas concertadas
Mil dichas apuradas;
Esto ningun placer en mi fomenta,
Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
Otras veces me juzgo coronado
De laurel y de gloria esclarecida,
Cercado de infinitos prisioneros;
Que tengo una provincia sometida,
O bajo el duro yugo un pueblo osado;
Que á mis plantas se encierran los aceros
Que gané á mis contrarios altaneros
En sangrienta batalla;
Que su soberbia calla
Al ver al vencedor en su presencia;
Que la mayor potencia
Cede al fin á mis brazos victoriosos;
Trofeos tan honrosos
No tienen para mi valor ni cuenta,
Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
Que Fortuna con mano generosa
Hame dotado de preciosos dones
Creo otras veces con altanería;
Que poseo monedas á millones;
Que la tierra y el mar no tienen cosa
Que á fuerza de poder no sea mía;
Que el comercio del mundo y granjería
Deben á mi riqueza
Su poder y nobleza;
Pero estos pensamientos desvariados,
Estos gustos son dados
A los que siempre buscan el dinero;
Que por mí no le quiero,
Ni mi gusto en tenerle se acrecienta,
Pues Lísis, sola Lísis me contenta.
Que Apolo, descendiendo del Parnaso
Con sus dulces hermanas, ha vertido
En mi pecho la fuente de Helicón
Me persuado tal vez; y aunque, subido
Sobre la espalda del veloz Pegaso,
El orbe calla si mi voz entona;
Que el dios absorto al punto me corona;
Y el Tiempo, derribando
El busto venerando
Del inmortal Homero, pone el mío
Con fiero poderío
En aquel pedestal, do, como justo,
Lo colocó el Buen-gusto;
Tal locura me causa sólo afrenta,
Y Lísis, sola Lísis me contenta.

EL AMOR POR UNAS LÁGRIMAS.

Ahora quiero, Amor, que con tus alas
Me cerques y me agites de manera,

Que sólo amor respire el blando acento.
Tú, que una vez y ciento
En mi pecho clavaste tu asta fiera,
Y en ágras peñas y graciosas salas
Hiciste que se oyese mi armonía,
Por tus vivos impulsos excitada,
Haz que con voz más dulce, más templada,
Pueda cantar la gloria de aquel día,
En que vi de dolor mi luz hermosa
Poco á poco apagarse,
Y de su faz, envidia de la rosa,
El matiz alejarse
Por la lluvia de lágrimas ardientes,
Que enviaban sus ojos resplandecientes.
Cual suele aparecer el sol luciente,
De mil nubes espesas coronado,
En el florido Abril por la mañana,
Bordando de oro y grana
El manto de la aurora delicado,
Y con su clara luz resplandeciente
Las rúmidas nieblas desatando,
Rasgar activo el tenebroso velo,
Haciendo que reciba el seco suelo,
Que ansioso espera, su rocío blando,
Tal mi luz, en celajes escondida,
Apareció primero;
Rompió en llanto la niebla denegrida;
Y un gozo verdadero
Recibió entonces mi alma enamorada,
Que ansiaba de tal lluvia ser bañada.
No de fortuna tal merecedores
Fueron los campos que la pura lumbre
Del rubio Febo de continuo dora,
Ni aquellos en que mora
De justos la escogida muchedumbre,
Libres ya de esta vida y sus dolores.
Lágrimas tan hermosas y excelentes
No las forjó el Amor para este suelo.
Tales fueron aquellas con que el duelo
De su pecho mostró, viendo presentes
Las gracias de su Adónis marchitadas
La blanca Citera;
Tales fueron por ella derramadas,
Cuando se halló cual rea
En el Olimpo sacro escarnecida,
De amor ardiendo y en la red prendida.
Las perlas delicadas que en el seno
De la sidonia concha se producen
En el lejano y oloroso Oriente,
Brillo tan esplendente
No tienen, ni entre el nácar más relucen,
Que este rocío celestial y ameno,
Por el cándido rostro derramado,
Y los colores de purpúrea rosa,
Que el rostro esmaltan de mi luz llorosa.
¡Por quién, París, hubieras sentenciado
Si tal hubieras visto la alta Juno
O á Pálas Athena?
Mas ¡ay! que rostro cual mi luz alguno
Es imposible sea,
Y más si en llanto del amor se baña
Y el amargo suspiro la acompaña.
Sobre el enhiesto enello, que en blancura
Atras deja las cumbres de Pirene,
Y han las Gracias con arte torneado,
Sin orden, derramado
El oro, que el Oír igual no tiene,
Lascivo vaga por la nieve pura;
Las hebras, unas en la tersa frente
El viento manso oreá; rúmidas
Otras con lazos, y otras divididas
Se rizan y se enredan dulcemente;
Mas al golpe del llanto doloroso
Confusas se amontonan
Y cubren el semblante lastimoso;
Tal las flores coronan
Un lozano jardín; y en un momento
Su pompa rinde el proceloso viento.
Cuando la reja dura desenvuelve
Los áridos terrones, y á su paso
Encuentra con la flor que Venus ama
Entre la verde grama,

No hace daño mayor; el cuello laso
Inclina, el rostro mustio á tierra vuelve,
Marchitánse las hojas, el brillante
Resplandor se amortigua, y desmayada
Causa lástima ver á la que nada
Igualaba en belleza rozagante;
Mi Luz así, cual linda y tierna rosa,
Cayó desfallecida,
Robada la color, y congojosa,
La voz interrumpida,
Apagado su lustre, y con el llanto
Mostrando, sin querer, su gran quebranto.
Las lágrimas preciosas inundaban
El pecho de marfil, y los suspiros
Tras ellas se salían presurosos.
¡Oh momentos dichosos!
¡Por qué quisisteis ¡ay de mí! partiros
Con tanta ligereza, si encontraban
En verlas derramar, mis pensamientos
La prueba del amor más acendrado?
Corristeis con un vuelo arrebatado,
Corristeis sin parar, dulces momentos;
Mas no podréis quitar á la memoria
Que siempre me presente
Esta tan triste lamentable historia,
Para que amante cuente
El día de mi lugubre partida
Por el más venturoso de mi vida.
Veré continuo, con angustia grave,
El pecho donde Venus y Cupido
Atesoran sus dones inmortales,
Con ansias desiguales
Y amante sobresalto conmovido;
Veré pararse cual viola suave
El rosado color del rostro bello;
Veré unos con otros encontrarse
Los amargos sollozos, y agitarse
Sin orden ni artificio su cabello;
Veré mi clara luz amortiguada
Contra mi ardiente seno;
Veré la densa niebla desatada,
Y cual rocío ameno
Mi ánimo regalar; tal me creía
Cuando con tanto amor me despedía.
Tú, sacro amor, que rindes prestamente
Al yugo de tu ley los más osados;
Tanto, que Jove en el celeste asiento
No está del fuego exento
Que producen tus dardos aguzados;
Tú, que haces resonar de gente en gente
El vigor de tu brazo formidable,
Extendiendo tus alas vagarosas
Por donde giran las heladas osas
Y por do Febo con calor estable
Tiene el orbe igualmente dividido,
En mi socorro acude;
No que me apagues mi pasión te pido,
Sino que el tiempo mude,
Impelido de tí, mi amargo estado,
Pues vivo ansente, triste, enamorado,
No en mil cercos el oro recogido
Y con graciosos nudas relazado,
No aquellos vivos relumbrantes ojos,
Más que los rayos, rojos,
Que esparce en derredor el sol dorado;
No el carmin sobre leche desteñado,
No el conjunto de gracias que natura
Quiso depositar en un sujeto,
Son las que causan mi amoroso efeto;
Sino el llanto abundante, la ternura
De aquel sensible pecho lastimoso.
Si quieres sujetarme,
Dulce amor, con un lazo poderoso,
Procura presentarme
Siempre en mis brazos á mi Luz llorando,
Y entonces me será tu yugo blando.

Á UN NUEVO TURPIAN DE LAURA.

¡Oh tú, nuevo Turpian, que has conseguido
La esclavitud más dulce, más honrosa,

Pues Laura te ha elegido
Para aplacar su pena congojosa,
Si su mano oficiosa
Te halaga, no te nñanes ni te engrias;
Que no posan en ti sus pensamientos;
Renueva con tu vista los contentos
Que tuvo en otros más felices dias,
Y eres ¡oh desdichado!
Sólo recuerdo de su bien pasado,
Mas no por eso el corazón doliente
Consumas ora en mísera tristeza;
Porque el tiempo potente
Abate el muro de mayor alteza;
La ardiente gentileza
Con su impulso cual humo desaparece,
Y todo queda á su rigor trocado;
Hasta el cariño puro y acendrado
Se deshace al instante y desvanece
Cual surco de la nave,
O senda que, al volar, señala el ave.
Así, cobra valor; espera, espera
Que la memoria del Turpian difunto,
Cual él, en Laura muera,
Y que, llena de amor por su trasunto,
Lo adore al mismo punto
Que á la tierna aveçilla desdichada;
Que en tí encuentre el alivio que en aquélla,
Y que llame feliz la dulce estrella
Que una prenda le dió tan deseada;
Mas guarda; todavía
No es, Turpian, éste el venturoso dia.
Conoce la prision á que has venido;
No te engañe la jaula primorosa,
Ni mirarte servido
Por su mano suave y deliciosa;
Porque ella, cual la rosa,
Esparce en derredor su esencia pura
Con alma liberal; pero cercada
De agudas puntas, se presenta airada
Al que intenta gozar de su hermosura;
Que flor tan soberana
Sólo á un influjo superior se humana.
En tanto, desplegando la librea
De tus pomposas plumas, con agrado
Su corazón recrea
Revolando del uno al otro lado;
De tu pico nevado
Vuelen las gracias, brote la armonía
En trinadas dulcísimas canciones,
Bastantes á mover los corazones
Y á conseguir renazca la alegría
En los ojos de Laura:
Revuela y canta, y su placer restaura.
Restaura con afan aquella risa
Que envidiaban los dioses inmortales;
Restaura á toda prisa
Aquella chanza, antidoto á los males;
Restaura aquellas sales
Que percibirse, no imitarse, pueden;
Restaura..... Sí, Turpian; sólo al constante
Corazón la fe pura, al pecho amante
Los premios, las coronas se conceden:
No desmayes; alienta;
Que, alegre el tiempo, el lauro te presenta.
Ya veo cómo Laura se deshace
En hacerte cariños desusados,
Y cómo se complace
En tus vivaces juegos continuados;
Sus ojos, animados
Con un brillo clarísimo, esplendente,
Demuestran de su pecho la alegría;
Y su canora voz con melodía
Así expresa gozosa lo que siente:
«Logré mi bien perdido;
Con el Turpian el gusto ha renacido.»
Cupidos, retozad; Gracias hermosas,
Cercad á Laura con festivo anhelo;
De mirtos y de rosas
Orlad su frente; del impíreo cielo
Haced bajen al suelo
Los Placeres, y en torno la festejen;
Nada se vea que dolor indique

Por todo su recinto se publique
Que los Cuidados rápidos se alejen;
Que en tan precioso nido
Con el Turpian el gusto ha renacido.

Á VÉNUS.

Oh Vénus, madre del placer sabroso,
Que en torno giras, con lascivo vuelo,
De los pechos del dulce amor tocados,
Esparciendo tu néctar oloroso:
Á Páfos deja y del impíreo cielo
Los salones dorados;
Vén, vén á dar alivio á mis cuidados;
Vén, deidad cariñosa, y en tu seno,
Morada de los gustos,
Permite busque paz quien se ve lleno
De males tan adustos,
Que, si esperanza en tu favor no hubiera,
Há tiempo que en el mundo no existiera.
Tú, que conoces del amor la llama
Que el pecho agita, el ánimo enardece,
Y tras sí lleva cuanto encuentra al paso
A modo de torrente, pues quien ama
Todo peligro corto le parece,
Y miras que me abraso,
¿Por qué de mi tormento no haces caso?
¿Quién en tí imaginara tal dureza!
¿Quién que Vénus amable
Dejara perecer en la tristeza
A un hombre miserable
Que ornó siempre con mano cuidadosa
Su delicioso altar de mirto y rosa!
Vuelve tus ojos con benigno agrado
Á quien tus leyes con ardor abraza;
Su hermosa luz, su brillo refulgente
Echen del corazón enamorado
El monstruo que su fibra despedaza,
Y, huyendo prestamente,
Deje que un triste en su pesar aliente.
Salga ya de una vez del pecho mio
Esta desconfianza
Que ha conseguido en él tal poderío,
Que la dulce esperanza
No se atreve á llegar á sus umbrales,
Temiendo, en vez de bienes, causar males.
No, madre, me repliques, ni con ceño
Apartes mis ofrendas amorosas;
Confíesote que Lesbía ha merecido
Que tú la adores con ardiente empeño;
Que tu mano mil gracias deliciosas
En su rostro ha esparcido,
Y tu hijo posa allí como en su nido:
Confieso que adorarla es adorarte;
Que te halas complacida
Viendo á los hijos del horrendo Marte
Doblar la frente erguida
Ante sus dulces plantas, pues te agrada
Toda ofrenda en sus aras dedicada.
Pero ¿por qué te olvidas, madre mia,
De las santas promesas que me hiciste?
¿Por qué permites que en tu Lesbía vea
Entre nubes cubierta la alegría;
El gozo á veces con semblante triste;
Y ofuscada mi idea,
No sépa qué esperar ó lo que crea?
¿Por qué no pones en su pecho hermoso
Esa amable franqueza
Con que el tuyo ha salido victorioso
Más que con la belleza;
Pues quien une á lo franco la dulzura,
Hasta los imposibles se asegura?
¿Por qué no arrancas el criel recelo
Que su pecho devora y que deshace
Del amor las profundas impresiones?
¿Por qué no rompes el espeso velo
Que mi pasión la oculta, ofusca y hace
Que mis tiernas acciones
Las tenga por engaños y ficciones?
¿Por qué, dulce deidad, no la aseguras
Que es mi pecho sensible,

Mi amor ardiente, mis finezas puras?
Hazlo, diosa apacible;
Así te vea de placer cercada
En brazos de otro Adoni abandonada.

Á LESBIA ENOJADA.

La fiebre cuando estaba
En mis huesos metida,
Llamando con ardor la Parca fiera;
Cuando en torno miraba
Mi familia afligida,
Y al marchitarse ya mi primavera,
No tan terrible me era,
Ni á mi pecho tan dura,
Como ver enfadada mi luz pura.
El fuego estrepitoso
Que consumió las naves
Contra el enhiesto Calpe dirigidas,
Ni el ruido belicoso,
Ni los lamentos graves,
Ni el humo de maderas encendidas,
Ni el ver perder mil vidas,
Me causaron tal pena
Como mirar mi lumbre de ira llena,
Las francesas banderas
Al aire desplegadas;
Tronando la furiosa artillería;
Ni las balas ligeras,
Ni puntas aceradas,
Ni ataques, ni escaladas á porfía,
Me dieron la agonía
Que experimento ahora,
Viendo enfadada mi graciosa aurora.
La espantosa caída
De los montes de nieve
Que el viento arranca del Pirene adusto
Cuando, como aterida,
Su falda se conmueve
Y retiembla el peñasco más robusto,
No me dió tanto susto
Como ¡ay triste! me ha dado
El hallar á mi bien tan irritado.
Depon tu justo ceño,
Oh Lesbía de mis ojos,
Y no emplees tu saña en un rendido:
Pues detesto el empeño
Que causó tus enojos,
Y á tus plantas me pongo ya abatido,
Séame concedido
Con dulce agrado verte;
Si no, más grata me será la muerte.

EN ALABANZA DE LESBIA.

Levanta, blanca aurora,
La purpurada frente,
Y esparce por el mundo tu rocío;
Abra su pensil Flora,
Ria la fresca fuente,
Llénese de armonía el bosque umbrío,
Ya sacudido el frío
Y la tiniebla oscura,
Se muestre claro el dia;
Pues la dulce luz mia
Sale al campo, ostentando su hermosura,
Y al mirarla, parece
Que hasta mostrar su rostro no amanece.
Rojo sol, coronado
De rayos rutilantes,
Asoma por las puertas del Oriente;
Deja el Indo abrasado
Y las tierras distantes,
Y tu luz nos esparce prestamente;
Otra más esplendente
Te espera en este suelo;
Tú te verás vencido
Si su rostro florido
Muestra sus gracias á la tierra y cielo,
Vén, sol; que es cosa dura

II, PS.-XVIII,

Que retenga tal bien la noche oscura.
Luna pálida y fria,
Que por el firmamento
Giras entre el silencio y la tristeza;
Cuando se acerca el dia
Debes dejar tu asiento
Para que ostente al orbe su belleza;
Si tú desde tu alteza
Vieras este lucero,
A Endimion no adoraras,
De otra luz te adornaras
Más viva, y de esplendor más duradero;
Nunca ya anocheciera,
Que el sol contigo el dia dividiera.
Tú, Bétis caudaloso,
Que del monte Segura
Bajas para aumentar al mar sus ondas,
No corras presuroso,
Ni en tu corriente pura
La olivifera frente adusto escondas;
No es justo correspondas
Con disgustado ceño
Al cielo, que te ha dado,
Para ser celebrado,
El más digno, más raro y dulce dueño;
Eleva tu cabeza,
Mira, y admira absorto su belleza.
Ninfas, que estais triscando
En su profundo seno,
Cortad las aguas y salid afuera;
Que otra ninfa esperando
Está en el prado ameno,
Dando honor á la bética ribera;
Cada cual placentera
Orne su blanca frente
De rubicundas rosas,
De perlas primorosas,
De ámbra suave y oro refulgente,
Como á reina y señora
De cuanto la mar baña y el sol dora.
Y tú, Lesbía, ornamento
De Hesperia y lumbre mia,
En cuyo fuego el corazón consumo,
Oye mi tenue acento,
Que elevarse querría
Para ensalzar tu nombre hasta lo sumo;
Pero yo no presumo
La carroza febea
Regir con pecho osado,
Temiendo que abrasado
Del rayo ardiente, cual Faeton, me vea;
Sólo mostrarte quiero
Cuán sencillo es mi amor, cuán verdadero.
Otros cisnes canoros,
Que cortan la corriente
De este fértil, ondoso y claro rio,
En tonos más sonoros
Lleven de gente en gente
Tu nombre, pues llevarlo desconfío;
Que del humilde mio
El impulso es tan leve
Cual de Céfiro, cuando,
Las alas agitando,
Apénas la hoja de las flores mueve.
Mas si es grato á tu oído,
Diré que Apolo el puesto me ha cedido.

DICHAS SOÑADAS.

En la margen florida
Del sacro rey de rios, Bétis claro,
Me encontré con un bosque delicioso;
La rama entretrejida
De los rayos del sol era reparo,
Y lo hacia tan fresco como umbroso;
Convidóme al reposo
Su angusta soledad, su dulce calma,
Que de placeres inundando el alma,
Parece que en silencio me decia
Que en su ámbito hallaria
Lo que con vivas ansias deseaba;

Y en la hierba mi cuerpo reclinaba.
 Cuando del centro espeso
 Veo venir á Vénus, rodeada
 De infinitos Cupidos retozones;
 Cual con vuelo travieso
 Su crencha agita al viento encomendada;
 Cual va tirando en derredor arpones;
 Cual prepara prisiones
 De lirio, rosa y arrayan florido;
 Cual corre persiguiendo divertido
 Las siempre revolantes mariposas,
 Y cual con oficiosas
 Manos el carro de coral marino
 Dirige por el aire cristalino;
 Al arrullo lascivo
 De las blancas palomas que conducen
 A la madre inmortal de la hermosura,
 En mi pecho percibo
 Mil ansias que sus ecos me producen,
 Llenando mis sentidos de amargura.
 Entónces, con dulzura
 Asiéndome la mano Cíterea,
 Con ósculos suaves me recrea
 Y me afirma que viene solamente
 Para que experimente
 Hasta dónde su amor llega conmigo,
 Y «ven, me dice, ven»; callo y la sigo.
 Penetro la espesura,
 Y un nuevo encanto ofrécame el sentido
 En una hermosa gruta, fabricada
 Con tan extraña hechura,
 Que no la iguala aquella donde Dido
 Vió su fe conyugal rota y manchada,
 Ni la tan celebrada
 De la diosa Calipso, pues excede
 A cuanto el labio humano decir puede.
 Hierbas, flores, maderas olorosas,
 Y todas cuantas cosas
 Tiene natura de más precio, estaban
 En la gruta, y sin orden se mezclaban.
 De esto mismo nacia
 Una cierta belleza inimitable,
 Que la vista y agrado variaba;
 El sol no se atrevia
 A introducir sus luces, ni era dable;
 Que una suave oscuridad reinaba.
 Atento lo miraba,
 Cuando advierto salir del hondo de ella
 Mi dulce lumbre, mi radiante estrella,
 Dando á las flores y á las plantas vida,
 No tan bien recibida.
 Es la aurora tras noche tenebrosa
 Como de mílo fué mi Lesbía hermosa.
 Con los brazos la hubiera
 Mostrado mi placer; pero mi anhelo
 Contuve por respeto de la diosa.
 Al fin, de esta manera
 Mi afan la dije, libre de recelo:
 «Mármol de Paros, purpurada rosa,
 Esencia deliciosa,
 Aljófar nacarado, rubí ardiente,
 Cercos preciosos de ébano luciente,
 Rayes vibrantes, gracia seductora,
 Mi vida, mi señora,
 Solamente se llena mi deseo
 Cuando á mi lado y con amor os veo.»
 La vista vergonzosa
 Alzó, miróme; mas la voz turbada
 No la dejó expresar su sentimiento:
 Conociólo la diosa,
 Y á la gruta llevónos preparada
 Para acabar allí nuestro tormento.
 Al punto por el viento
 Los Cupidos cruzaron revolando,
 Hacia la estancia del placer guiando.
 Abriéronse de par en par las puertas,
 De flores mil cubiertas,
 Y, en su recinto penetrando ufano,
 Conduje á Lesbía asida de la mano.
 Las Gracias, desceñidas
 Y de oscuras violas coronadas,
 Estaban afanosas trabajando,

Con almohadas mullidas,
 Finos encajes, telas delicadas
 Un tálamo nupcial aderezando;
 Y cual rocío blando,
 Encima derramaban con aseó
 El sudor de Pancaya, y el sabeo,
 Y del Hibla las flores olorosas.
 Quedaron silenciosas,
 Esperando los dulces desposados,
 Y de su afan nosotros admirados.
 Cuando acercarse veo
 Con pié ligero un jóven agraciado,
 Cual nunca presentóseme á la mente,
 El alado Himeneo,
 Con el rubio cabello destrenzado,
 Y en la mano una antorcha reluciente
 Ardiendo dulcemente;
 Y cuando en derredor la sacudia,
 Tal fragancia en la gruta se esparcia,
 Que el sentido en amor se embriagaba.
 Lesbía lo contemplaba
 Con alma absorta, pecho palpitante
 Y cubierto de rosas su semblante.
 El mancebo gracioso
 Las manos nos unió. «Basta, nos dijo;
 Respiren vuestros tiernos corazones;
 Porque un fin delicioso
 Con mis coyundas al afan, prefijo,
 Que os causan las amantes sensaciones.
 — Echad los eslabones,
 Cupidos, y cerrad las recias puertas,
 No para el vulgo vil queden abiertas,
 Que ve mis santos ritos con sonrisa;
 Y caminad aprisa
 A detener á Febo; que no es justo
 Nos venga á interrumpir su ceño adusto.
 Salieron los Cupidos,
 Y revolviendo el eje poderoso,
 Las puertas al cerrarse resonaron,
 Mis miembros, sacudidos
 Con el golpe, perdieron el reposo,
 Y mis cansados ojos despertaron;
 El lecho rodearon,
 Y ya nada encontré de cuanto habia.
 Así suele mi ardiente fantasia
 Presentarme los gustos con enaño,
 Y cual ligero sueño
 Huirse de mi vista acelerados.
 ¡Ay gustos, para mí siempre soñados!

EL FESTIN DE ALEJANDRO, Ó EL PODER DE LA MÚSICA.

Traducción libre de la oda que al mismo asunto compuso en inglés
 Mr. Dryden.

En el festin real á la conquista
 De Persia por el hijo esclarecido
 Del macedon Filipo, colocado
 En su solio imperial y trono erguido,
 El héroe estaba con risueña vista,
 De orgullo, pompa y majestad cercado;
 En torno rodeado
 De sus magnates inclitos guerreros,
 Orlando rosas y arrayan sus frentes,
 Premio bien merecido á los valientes
 Que esgrimieron constantes sus aceros
 En los ataques fieros.
 La amable Tháís ocupó el asiento
 Inmediato al monarca, como esposa
 Rozagante oriental, pues relucía
 Cual sol brillante en la mitad del día
 Ó flor temprana en la estacion graciosa,
 Y la recibe el vencedor contento;
 Que sólo, solamente al belicoso
 Gozar es dado de un objeto hermoso.
 Timoteo, descollando
 Sobre el armonioso coro
 Y tomando el plectro de oro,
 La lira empieza á tañer;
 Va los puntos afinando,
 Sube el tono al firmamento,

Inspirando con su acento
 Un dulcísimo placer.
 Empieza el canto por el gran Tonante,
 Que el alcázar supremo abandonando,
 Donde ejerce su imperio eternamente,
 En pos camina de un sonrisa blando.
 ¡Tal es la fuerza del amor, que amante
 Se olvida Jove de su ser potente
 Y su forma desmiente!
 Pues en dragon brillante convertido,
 Baja volando de la sacra esfera
 Y de la hermosa Olimpia se apodera,
 Cual fiero gavilan de implume nido;
 Y en el aire subido,
 De orbe en orbe se eleva, se sublima,
 Taladrando, cual rayo el firmamento,
 Y en el último cielo se reposa;
 Allí la estrecha, como á tierna esposa,
 Con gozo celestial, dulce contento,
 Hasta que logra con vigor se imprima
 Su imágen en su seno, y que fecundo
 En sí alimento al vencedor del mundo.
 El concurso absorto admira
 Lo sublime del sonido,
 Y con trasportado oído
 Está el Rey sin respirar.
 Los techos mira y remira,
 Y la frente sacudiendo,
 Dios se cree, que está haciendo
 Los firmes cielos temblar.
 Entónces con más dulce melodía
 De Baco canta el músico la gloria;
 De Baco, siempre jóven, siempre hermoso
 El dios va celebrando su victoria
 En medio de una alegre compañía
 Que vencedor lo aclama y poderoso;
 Resuena el horroroso
 Eco del parche, y el feroz sonido
 De la bélica trompa rompe el viento;
 Marcha, marcha jovial, marcha contento
 Y con rostro cual púrpura encendido,
 Pero siempre florido.
 A sus huésteres ordena eterno gozo:
 El turbio grano del racimo exprime,
 Y en anchas tazas su licor presenta;
 La turba bebe con ardor contenta,
 Con este néctar el pesar oprime
 Y en sus ojos resalta el alborozo;
 Bien dulce, placer grato, alegre gusto
 Es al héroe beber pasado el susto.
 Con el són lisonjeado,
 El monarca se envanece,
 Y presente le parece
 De la guerra el fiero horror.
 Y tres veces denodado,
 Á todos á tierra abate,
 Y tres veces el combate
 Lo renueva con furor.
 El sonoro maestro ve pintada
 En sus rodantes ojos la locura,
 Y encendida su faz cual brasa ardiente;
 Muda la mano, y contener procura
 Su arrogancia feroz, desenfrenada,
 Que á la tierra y los cielos hace frente;
 Su musa, ya doliente,
 Con tristes tonos, con acento blando,
 Piedad infunde en su ardoroso seno.
 Canta á Dario poderoso y bueno,
 Del alto trono súbito rodando,
 Cayendo, revolcando
 Sus miembros en la sangre que ha vertido;
 En su mayor conflicto abandonado
 De aquellos que sus gracias obtuvieron;
 Todos, cual humo, de su vista huyeron,
 Y desnudo en la arena lo han dejado;
 Al fin espira pobre, desvalido,
 Sin un amigo que sus ojos cierre,
 Ni quien bajo la tierra el cuerpo encierre.
 El vencedor, abatida
 La vista y el pensamiento,
 Considera que en su asiento
 En el mundo nada está.

En el pecho triste anida
 Con violencia la congoja;
 Ya un ¡ay! y otro al aire arroja;
 Lágrimas derrama ya.
 Se sonrie el maestro poderoso
 Al mirar al amor tan inmediato,
 Y que para excitarle ya no resta
 Sino un sonido semejante y grato,
 Pues la piedad al pecho más furioso
 Halaga, ablanda y para amar lo apresta;
 Mueve su mano diestra,
 Y el ánimo exaltado dulcemente
 Con las medidas lidias acaricia;
 Infunde en su interior blanda delicia
 Y le despeja la arrugada frente,
 Cantando así elocuente:
 «La guerra es sólo horror, rabia, agonía,
 Y el honor vana pompa y humo denso;
 Siempre emprendiendo, nunca terminando,
 Lidiando siempre, siempre aniquilando.
 Si es el ganar un mundo bien inmenso,
 Es bien inmenso darse á la alegría:
 Mira á tu Tháís, mírala á tu lado;
 Goza esta dicha; el cielo te la ha dado.»
 No puede ocultar su pena;
 Su vista fija en la hermosa,
 Gime, mira y no reposa;
 Mira y gime con ardor.
 El vino al fin lo enajena,
 El amor lo determina,
 Y en su pecho se reclina
 El vencido vencedor.
 Hiere la lira cada vez más fuerte,
 El sueño con su impulso deshaciendo,
 Como tronante horrisono estampido
 Suena en su corazón el rudo estruendo;
 Creyendo despertar para la muerte,
 Gira en torno los ojos atardido;
 Timoteo encendido
 Grita: «Venganza, sí, venganza; mira,
 Mira las Furias sierpes agitando,
 Con cuello erguido, con furor silbando;
 Su vista rutilante, y cuál respira
 El pecho un volcan de ira,
 Con antorchas en una y otra mano.
 Almas de griegos son, que en el combate
 Murieron, y quedaron insepultos
 Y sujetos á bárbaros insultos.
 Venga tus huésteres, al contrario abate.
 Cual sacuden, observa, el fuego insano;
 Cual las persas moradas te señalan
 Y los templos que en mole al cielo igualan.
 Todos con gozo ferino
 Aplauden; el Rey se altera,
 De una antorcha se apodera,
 Se quiere al punto vengar.
 Tháís le enseña el camino,
 Su patria á muerte condena,
 Y emprende, segunda Helena,
 Segunda Troya abrasar.

ODAS.

VÉNUS JUNTO Á AMIRA DORMIDA.

Cuando de Amira se apodera el sueño,
 Detiene Febo sus ardientes rayos,
 Y los encubre con espesas nubes
 Muy presuroso;
 El ave calla con silencio sumo;
 El río para su corriente rauda,
 Y hasta los aires orcar no quieren
 Las verdes hojas.
 El fresco prado, derramando aromas
 Y flores tiernas de colores varios,
 Que forman visos y labores raras,
 Mudo parece.